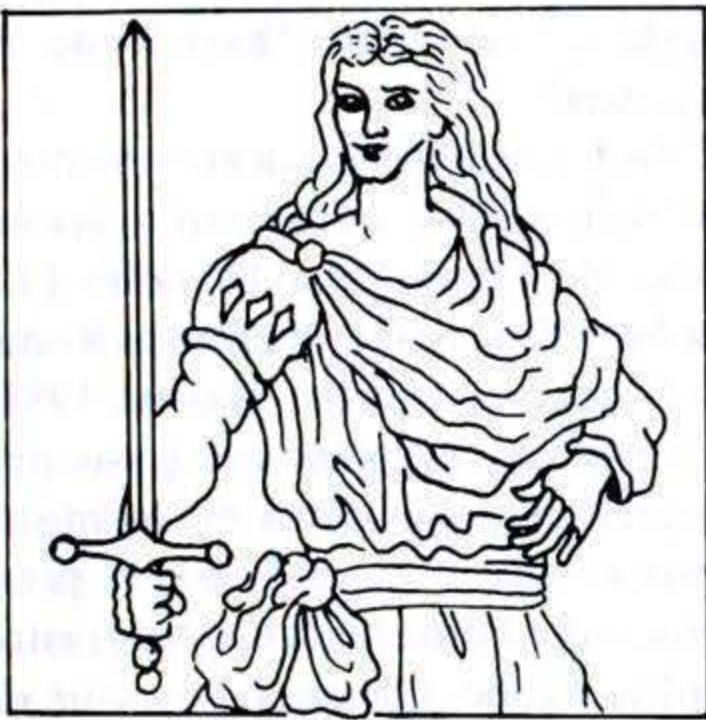


- ³ Mario Vargas Llosa: "La literatura es fuego". Cf. *Mundo Nuevo*, París, núm. 17, nov. de 1967, págs. 93-95.
- ⁴ Mario Vargas Llosa, *Historia de Mayta*, Barcelona, Seix Barral, 1984.
- ⁵ Simón Alberto Consalvi, "Un premio inobjetable" (discurso previo al de Vargas Llosa). Cf. *Mundo Nuevo*, París, núm. 17, nov. de 1967, págs. 92-93.



García Márquez y los últimos Bolívares de la Gran Colombia

El general en su laberinto
Gabriel García Márquez
Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1989,
286 págs.

I

A diferencia de la mayoría de los libros de García Márquez publicados después de 1967, su última novela, *El general en su laberinto*, ha sido acogida principalmente con respeto, admiración y deleite. No es que no hayan causado controversia algunos fragmentos, como, por ejemplo, los que ocasionaron el enfado de los partidarios de Francisco de Paula Santander al ver "al hombre de las leyes" de Colombia tan fuertemente criticado y quizá —se dice— hasta "calumniado" (aunque sea en palabras —incluso documentadas— del propio Bolívar); o hayan encendido la

ira de los entusiastas de un Bolívar heroico e inmortal que no soportan la idea del Libertador en fatal decaimiento. No diríamos que a todo lector le haya gustado la novela, pues alguno que otro añora —¡todavía!— el mundo de *Cien años de soledad* o lamenta la ausencia casi total del sentido del humor en —palabras de García Márquez—, "el horror de este libro"¹. Y no pretendemos que alguno que otro lector no se sienta hastiado ante el "exceso" del equipo bibliográfico manejado por García Márquez, aunque lo haga con suma destreza².

Los elogios han sido muchos y contundentes. En España, por ejemplo, escribe Rafael Conte, en *El País*, que el libro impresiona por su "clasicismo, limpieza, orden interno y externo, depuración estilística y estructural"³. En Colombia se publica en *El Tiempo* (Bogotá), con anticipación al libro, una carta abierta del expresidente Alfonso López Michelsen a García Márquez, en la cual se "asombra" de las abundantes virtudes de la novela⁴. Jorge Eduardo Ritter, también en *El Tiempo*, la describe como el resultado de "una investigación prolija en simbiosis perfecta con una prosa depurada y mágica"⁵. De "estupendo y admirable" califica el libro Rafael Solana en *Siempre*, de México⁶. Un mes más tarde, en la misma revista, asevera Mada Carreño: "De veras nos alegra que, por esta vez, el Nobel haya tenido razón"⁷. En Puerto Rico, en *Imagen*, comenta Diego Robledo: la obra tiene "una hermosa prosa y un estilo que hipnotiza"⁸.

Ahora bien. ¿Cómo hemos de entender la más reciente novela de nuestro premio Nobel? ¿Cuáles serán sus relaciones con sus obras anteriores? ¿Cómo ha de leerse en el contexto de otras novelas, cuentos y obras sobre el gran Libertador? ¿Cómo maneja García Márquez el espacio y el tiempo, temas siempre presentes en su obra? ¿Cómo hemos de entender las metáforas claves de la novela, especialmente las del laberinto y del río? Dichas preguntas quizá se hilen fácilmente, pero difícilmente se contes-

ten. En lo que sigue, no pretendemos sondearlas a fondo. Nuestros esfuerzos más bien han de considerarse como un ensayo preliminar a una meditación más amplia.

II

Desde ciertas perspectivas, *El general en su laberinto* es una novela escrita en contra de *El otoño del patriarca*, ya que el Bolívar histórico, aun siendo considerado el padre de la patria, es una figura antipatriarcal. Podría haber sido su gobierno una dictadura "perpetua", limitada sólo por su muerte. Pero no lo fue. Su vida y su mando, a diferencia de Franco en España y del "héroe" en *El otoño del patriarca*, no fueron un "experimento con la inmortalidad", como alguna vez había calificado García Márquez el período de Franco. Bolívar abandonó repetidas veces el mando, asumiendo sus poderes únicamente en tiempos de crisis. Su poder nunca fue como el ficticio de la Mamá Grande o el del patriarca, pues no ejerció dominio sobre el tiempo o sobre la naturaleza. Además, García Márquez interpreta la vida de Bolívar como una escuela del arte de morir. Por lo tanto, Bolívar no es el "otro" patriarca, ni en su primavera ni en su otoño.

Decir que Bolívar es un antipatriarca no implica, empero, la ausencia de aspectos "patriarcales" en su persona, o que no tenga cualidades del coronel Aureliano Buendía o de otras figuras similarmente poderosas. Bolívar, el gran libertador, fue también un dictador, lo cual a veces olvidamos al verlo venerado en las estatuas en los parques. Su absoluto poder y la fuerza de ordenar se manifiestan en febrero de 1814, cuando ordena la ejecución de todos los presos realistas en la Guaira, orden que al cumplirse lo transforma en un general de innegable poder en su Guerra a Muerte contra los españoles. Este episodio es recordado por García Márquez al fin del penúltimo apartado de la novela (pág. 231). El que se otorgó a sí mismo poderes dictatoriales en la primera constitu-

ción de Venezuela; el que fue nombrado por el congreso del Perú como "dictador", título bajo el cual había de esperarse que salvara al país; el que en agosto de 1828 proclamó el llamado "decreto orgánico", en el cual, en su primer artículo, asumió el "poder supremo", anulando las funciones de la vicepresidencia, con lo que, de hecho, excluía a Santander del gobierno⁹ —ésta fue una figura dictatorial. Y más aún fue la figura que proclamó lo siguiente:

*Colombianos: No os diré nada de libertad, porque si cumplo mis promesas, seréis más que libres, seréis respetados; además, bajo la dictadura, ¿quién puede hablar de libertad? ¡Compadezcámonos mutuamente, del pueblo que obedece y del hombre que manda solo!*¹⁰.

Increíble arrogancia, sentimientos compartidos igualmente por el patriarca de García Márquez y el emperador Napoleón. "He feels he's Bonaparte", dice Miranda Lyndsay de Bolívar en *El general en su laberinto* (pág. 83). Como nos recuerda Lovera De-Sola, en los dos años de la dictadura, Bolívar "deroga leyes, favorece a la Iglesia, prohíbe las sociedades secretas, hace proscribir las obras del filósofo Bentham"¹¹. Este Bolívar "patriarcal" podría haber sido la materia prima para una gran novela sobre el poder; este Bolívar casi no aparece en *El general en su laberinto*. Naturalmente, surge la pregunta: ¿por qué no?

Pero si se encuentran ecos "patriarcales", o ecos de otras figuras de gran poder en la prosa de la novela. Algunas frases en *El general en su laberinto* podrían haber sido sacadas directamente de *El otoño del patriarca* o de *Cien años de soledad*: su "retiro del poder" (pág. 19), "los deleites del poder" (pág. 46), "el halo mágico del poder" (pág. 39), "las veleidades del poder" (pág. 27), y los "desengaños del poder" (pág. 13). Bolívar comparte con el coronel Aureliano Buendía el hecho de haber sido guerrillero o revolucionario, comandante, como él, en "guerras inútiles" (pág. 13)¹² que comprueban ante todo "la inuti-

lidad de la gloria" (pág. 27). En Honda, después de abandonar definitivamente el mando, Bolívar "quería saber qué había ocurrido en el mundo desde que él se fue" (pág. 76). Del mismo modo, el patriarca, el día 12 de octubre de 1492, al amanecer en su puerto caribeño, se pone "a averiguar qué había ocurrido en el mundo mientras él dormía"¹³, y ve las carabelas de Colón. Había sido tan difícil matar a Simón Bolívar como lo fue al coronel Aureliano Buendía. El Libertador no tiene quién lo mate. Al igual que el coronel en *El coronel no tiene quién le escriba*, Bolívar espera con ansiedad el correo. Y como muchos de los personajes garciamarquianos, sólo al borde de la muerte ve "por primera vez [...] la verdad" (pág. 266).



Otras frases traen a la memoria escenas o títulos o tiempos de las narraciones anteriores. Así, por ejemplo, la obvia alusión a "las nieblas de la soledad" (pág. 159); la también obvia al "olor de las guayabas" (pág. 113); a "la pensión vitalicia" (pág. 171), ésta con ecos de *El coronel*; a "los tiempos del oro", con reminiscencias de *La hojarasca*, *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca*. Sin olvidarnos de que todo el ambiente del río Magdalena había figurado antes en *El amor en los tiempos del cólera*. El mismo río va a dar a un mar muy distinto en cada novela: al del amor eterno en *El amor en los tiempos del cólera*, al de la muerte en *El general en su laberinto*. Tales intertextualidades podrían multiplicarse, pero estos ejemplos bastan, espero, para establecer algunos vínculos entre

la más reciente novela de García Márquez y sus anteriores.

En la literatura latinoamericana hemos experimentado recientemente un auge de la representación novelada del tirano¹⁴. Ahora está de moda otra figura, la del Libertador, el general, su excelencia Simón Bolívar. En los últimos cinco o seis años se han publicado muchos libros, tanto de crítica como de novela, sobre él. Escritores de Venezuela y de Colombia, como es de esperar, son los que más se han obsesionado con Bolívar; casi todos con la implícita o anunciada intención de "bajarlo de las estatuas".

En Venezuela, tal acercamiento a Bolívar motiva, por ejemplo, las novelas de Caupolicán Olivalles (*Yo, Bolívar Rey*, 1983) y de Denzil Romero (*La esposa del Dr. Thorne*, 1988). Esta última, cargada con gotas pornográficas, se publica en la misma serie en que el candidato a la presidencia del Perú elogia a la madrastra. Bolívar funciona en *La esposa del Dr. Thorne* principalmente como el objeto fálico de las atenciones de Manuela Sáenz. Notemos, también, que en la crítica y en la investigación histórica el intento desmitificador motiva el reciente libro de R. J. Lovera De-Sola (1984). Su título lo dice todo: *El gran majadero*.

En Colombia aparecen dos libros del maestro Germán Arciniegas, ambos himnos al libertador, *Bolívar y la revolución* (1984) y *Bolívar, de San Jacinto a Santa Marta* (1988). El más reciente interesa por tratarse del viaje final de Bolívar por el río Magdalena en mayo de 1830, punto que lo relaciona con *El general en su laberinto* de García Márquez y con *La ceniza del Libertador*, novela de Fernando Cruz Kronfly. Interesa también destacar cómo Arciniegas se acerca a Bolívar por medio de técnicas narrativas que pretenden penetrar la mente del héroe moribundo, obligándolo a soñar y a repasar —casi en delirio— los momentos cumbres y "las amarguras" de su vida¹⁵. Con igual intento de acercamiento, de humanizar a Bolívar, de presentarlo "más de todos los días, despojado de la grandilocuencia de la bibliografía tradicional", es el libro de Fabio Puyo Vasco,

Muy cerca de Bolívar (1988) ¹⁶. Intenta, además, darle mayor forma al caudaloso y ahora indispensable río documental que publicó, en 1983, en compañía de Eugenio Gutiérrez Cely, *Bolívar día a día* (3 vols.). Este último, según indica el mismo García Márquez en las "Gratitudes", al final de *El general en su laberinto*, sirve muy bien como "carta de navegación" (pág. 270) por la vida de Bolívar.

Anticipándose a García Márquez en unos dos años, el novelista colombiano Fernando Cruz Kronfly narra el último viaje de Bolívar por el Magdalena en *La ceniza del Libertador* (1987). Sintiendo emancipado del peso histórico, dada la falta de documentación acerca del viaje, Cruz Kronfly crea una obra algo surrealista en la cual aparecen fantasmas totalmente inventados. Entre ellos, por ejemplo, un capitán de champán ciego (es guía, como en Virgilio y en Dante, en el camino a la muerte) y un testigo misterioso que se sienta en el comedor del champán casi al lado de un Bolívar enfermizo, y lo anota todo. Mientras tanto, toma de seguido, todos los días del viaje, una bebida inexistente en 1830: cerveza en lata. El testigo, claro está, es un poco el mismo Cruz Kronfly, insertándose en la narración y consiguiendo de tal manera la necesaria documentación. Cruz Kronfly hace que Bolívar, en el momento de despedirse del "hombre del comedor" ¹⁷, al fin del viaje, entienda esto: "comprende [Bolívar] que aquel hombre, que aquel testigo mudo lo ha escrito todo, lo contará todo algún día. Entonces descansa, se despide por última vez y se abandona a los ajenos brazos que lo arrastran" (pág. 330). Toda la pesadilla que quiere ser este libro se cuenta con una atención minuciosa a la "patobiografía" de Bolívar, a la tuberculosis de la cual, según otros investigadores ¹⁸, sufría ya desde 1824 y que probablemente adquirió durante la infancia.

En sus "gratitudes" y en su dedicatoria, García Márquez llama la atención sobre el magistral e inspirador cuento de su amigo Álvaro Mutis, *El último rostro*, que relata no el viaje final pero sí algo de los últimos meses

de la vida de Bolívar. El cuento se construye por medio de recursos neorománticos y borgesianos. Es decir, Mutis narra el hallazgo de unos manuscritos perdidos, escritos por un coronel polaco de apellido Napierski, quien, en Cartagena, conoce a Bolívar (el 29 de junio de 1830) y pasa algunos días (hasta el 10 de julio) a su lado. La figura de Napierski, puro invento de Mutis, la objetiva García Márquez al utilizarla —irónicamente y muy a su manera— como fuente histórica en su novela (pág. 194).

Bolívar, pues, está en el aire. En este clima —para abandonar la metáfora fluvial en la cual nadábamos anteriormente— concibe y escribe García Márquez *El general en su laberinto*, sacándolo a la luz en marzo de 1989, justamente al cumplir los 61 años. La fecha no es casual, pues la novela, además de ser un retrato de Bolívar, puede considerarse un autorretrato de García Márquez. ¿Y por qué no? No es sólo que García Márquez sea ya figura de la historia —lo es— sino que también todo escritor, inevitablemente, se novela a sí mismo. Lo reconoce el propio García Márquez en una entrevista con María Elvira Samper, publicada el 20 de marzo de 1989 en *Semana*. Al contestar una pregunta sobre su relación personal con la figura del Libertador, García Márquez dice lo siguiente:

Me siento identificado en muchas cosas con Bolívar. Por ejemplo, en esa cosa de no pararle muchas bolas a la muerte porque lo distrae a uno de lo fundamental, que es lo que está haciendo uno en la vida. Y esa es una interpretación que tengo de Bolívar perfectamente comprobable por sus cartas y por su conducta. No quería saber absolutamente nada de los médicos, ni de su enfermedad. Debía sospechar que estaba al borde de la muerte, creía que no tenía remedio. Si se ponía a averiguar... Una enfermedad es como un empleo: hay que dedicarse por completo a eso. Yo también tengo esa misma concepción. Que la idea de la muerte no me distraiga de lo que estoy



haciendo, porque lo que va a quedar es lo que uno haga vivo... ¹⁹.

No había sido siempre así. En los quince años, más o menos, que hay entre *El otoño del patriarca* y *El general en su laberinto*, García Márquez ha alcanzado, me parece, cierta serenidad. El secreto de una buena madurez parece ser —alterando una frase de *Cien años de soledad*— un pacto honrado con la muerte. "No me moleste ahora —parece decir García Márquez—: no le voy a poner atención hasta aquel día en que Ud. venga por mí. Y entonces me iré con Ud. con calma". Y, efectivamente, es este el sentimiento, el arte de vivir y de morir, que García Márquez tanto admira en Bolívar.

García Márquez comparte con Bolívar mucho más que un amor a la vida y una indiferencia a la muerte. En Bolívar se encuentra —ha dicho— cara a cara con una persona muy familiar ²⁰. Muchas con las semejanzas: ambos son hombres del Caribe; ambos añoran el calor y la vida de la costa, que abandonan para vivir muchos años en ciudades o en cordilleras remotas cuyas "lloviznas eternas" (pág. 224) deprimen el alma. Ambos se sienten incómodos "entre cachacos", quienes, según las palabras de *El general en su laberinto*, tienen maneras "relamidas", y un "dialecto ladino [que les sirve] más para ocultar que para decir" (pág. 46). Más aún: se sienten, en cierto sentido, "forasteros... en todas partes" (pág. 225). Pero algo todavía más importante vincula a García Márquez con Bolívar. Al investigar la vida del Libertador, descubre —dice— que toda su obra narrativa está fundamen-



tada en la historia y en la cultura de Colombia y del Caribe. Descubre que no se ha inventado nada. Los espacios y los tiempos de su obra no son solamente literarios o míticos; son históricos, geográficos, culturales.

III

“En el fondo —le dice García Márquez a María Elvira Samper—, yo no he escrito sino un solo libro, que es el mismo que da vueltas y vueltas, y sigue”²¹. Ha dicho algo semejante en varias ocasiones, y por lo general se le ha entendido de la siguiente manera: el único libro que escribe es el del realismo mágico, el de la soledad o el del amor; o el de la muerte, la gloria y la fama; o el del poder. Pero sus palabras podrían ser vistas desde otra perspectiva. Es decir, el único libro que ha escrito es el del espacio y del tiempo o, mejor dicho, el de *un* espacio (el Caribe y Colombia) y *un* tiempo (los siglos XIX y XX). Reducir el espacio y el tiempo de esta manera sería, claro está, simplificar. Pero es importante, creo, intentar establecer el sentido —o los sentidos— del espacio y del tiempo en la obra de García Márquez, como ya indiqué en mi libro sobre el escritor colombiano²². Ahora, seis años

más tarde, encuentro mis comentarios confirmados por el propio García Márquez:

*El general tiene una importancia más grande que todo el resto de mi obra. Demuestra que toda mi obra corresponde a una realidad geográfica e histórica. No es el realismo mágico y todas esas cosas que se dicen. Cuando lees el Bolívar te das cuenta de que todo lo demás tiene, de alguna manera, una base documental, una base histórica, una base geográfica que se comprueba con El general. Es como otra vez El coronel no tiene quien le escriba, pero fundamentado históricamente*²³.

El espacio tiene una dimensión concreta o física y una dimensión simbólica. Concretamente, el espacio en la obra de García Márquez ha sido (como indiqué en mi libro - pág. 266) un lugar geográfico —el Caribe— con excursiones a otros lugares —Bogotá— o, más recientemente, París (*El rastro de tu sangre en la nieve*, 1986). Simbólicamente, el espacio en que se desarrollan las vidas de los personajes es el *axis mundi* (el centro del universo) que da sentido tanto a la vida como a la muerte. El lugar concreto es, a la vez, lugar universal. Acordémonos de Macondo como pueblo universal, de la casa de los Buendías, del cuarto de Melquíades, del palacio del patriarca, del pueblo (lugar “agónico”) de Santiago Nasar, o del buque de vapor de Florentino Ariza y Fermina Daza. Esta relación espacial entre lo particular y lo universal hace que la obra de García Márquez sea una contemplación mítica.

Pero el espacio no existe fuera del tiempo. Al contrario, existe *en* el tiempo y es asediado por éste. Macondo se funda, crece y se destruye; la casa de los Buendías se derrumba; el palacio del patriarca cede a los picotazos de los gallinazos, a la maleza, a las vacas y a los soldados que lo invaden. El tiempo parece acabar con el espacio —o, mejor dicho, con las cosas en el espacio— como acaba con el cuerpo. Su trayectoria es

lineal. No trayectoria sin remedio, empero. Y el remedio es la eternidad, cuya imagen es el círculo. “El tiempo no pasa —dice Úrsula en *Cien años de soledad*—, sino que da vueltas en redondo”²⁴. El tiempo lineal es —generalmente pero no siempre— el tiempo histórico; el circular, el mítico.

Bolívar es un personaje de la historia. Por lo tanto, el tiempo en *El general en su laberinto* ha de ser —pensará el lector— un tiempo histórico, lineal. Su vida, como se indica al fin de la novela, no volverá a repetirse. Bolívar también se ha convertido, para Colombia y para Latinoamérica, en figura legendaria; es parte de nuestro panteón. Se ha convertido, en fin, en mito. ¿Cómo lo indica García Márquez? No tanto por la descripción de sus hazañas, ni tampoco por su inmortalidad (pues no lo fue) y el intento de García Márquez es, ha dicho, el de humanizarlo. No lo indica, pues, a través de la *persona* del Libertador. Lo expresa por medio de los adverbios temporales que lo describen²⁵: “siempre”, “nunca”, “jamás”, “eterno”, “como siempre”, “para siempre”, “los siglos de los siglos”. Tales lexemas saturan todo el ambiente de la novela. Niegan el tiempo lineal, convirtiéndolo y elevándolo a mítico. La línea se convierte en círculo. La historia entra en un laberinto.

Complicado es el uso del tiempo en *El general en su laberinto*. García Márquez, en vez de escribir una novela histórica convencional, escribe una obra que es a la vez un comentario, desde el presente sobre el tiempo pasado (la época de Bolívar y todo el siglo XIX), sobre el presente (el tiempo del narrador y del lector), y sobre el futuro (las profecías de Bolívar) que se convierten, a su vez, en el pasado y el presente del narrador y del lector. Así notamos, por ejemplo, las profecías de Bolívar acerca del caudillaje, de las guerras civiles, e inclusive hasta de la deuda externa. Complicando el uso del tiempo aún más es el *nunc stans* narrativo que habíamos visto ya en *Cien años de soledad*, que se inicia por medio de la primera oración que encierra el tiempo presente de la lectura y de la narración con el futuro (“muchos años después”) y el pasado (“aquella tarde remota”).

El general en su laberinto presenta dicho *nunc stans* principalmente en dos formas. Una se lee en las dos primeras oraciones de la novela. El tiempo verbal pretérito (“encontró”, “creyó”) anticipa el hecho futuro (para el lector, ya acontecido) de la muerte del Libertador (en la primera oración se ve a un Bolívar “ahogado”, y en la segunda a un Bolívar “ya no de este mundo”). La otra forma del *nunc stans* utiliza la técnica, ya citada, en *Cien años de soledad*.

Veamos algunos de los laberintos temporales del *nunc stans* en un solo párrafo de *El general en su laberinto*. Se encuentra en la página 79. En Honda, Bolívar, durante los varios días que pasa allí esperando el momento del embarque, anticipa una carta de Manuela Sáenz, que no llega. Se anuncia con el tiempo verbal pretérito: “un emisario [. . .] llevó más tarde el recado verbal” (pág. 79). A esta forma temporal le sigue otra, en imperfecto (“Manuela no le había escrito”, “lo había mandado”, etc.); al imperfecto le sigue otro que mira hacia el futuro (“provocaciones [. . .] que había de terminar para ella con el destierro y el olvido”). Es este un futuro remoto (como en “muchos años después” de *Cien años*) en el mundo narrado que es a la vez un pasado (pretérito, completo) en el mundo del narrador y, naturalmente, del lector. El párrafo se cierra con el tiempo pretérito otra vez: “el general sonrió con la mala noticia”. El uso de todos estos tiempos gramaticales señalan la compleja simultaneidad del pasado, del presente y del futuro, elevándolos al nivel de la enunciación mítica. Tal técnica se conoce no sólo como el *nunc stans* sino también como el *illud tempus* de los mitólogos; el tiempo que marca el origen, la formación; que contiene en sí, como la semilla al árbol, todo el futuro.

IV

El espacio, como dijimos anteriormente, no existe independiente del tiempo, ni el tiempo fuera del espacio, idea formulada en *El general en su laberinto* por medio de dos imágenes distintas pero en cierta forma

relacionadas: la del laberinto y la del río. Por una parte, el laberinto es una imagen que señala un movimiento inútil en el espacio y un estancamiento en el tiempo. Por otra parte, el río asocia lo lineal, el movimiento del espacio en el tiempo, ya que en sus aguas fluyen las dos dimensiones. En García Márquez, el río se convierte en algo más complicado, en hilo que conduce no a la salida del laberinto, como lo fue en el caso de Teseo y el Minotauro, sino hacia su centro mismo. Conduce a un laberinto que destruye al héroe, y no al que comprueba su fuerza o su inteligencia. El laberinto en García Márquez no es metáfora del heroísmo. Es metáfora de la tragedia de la condición humana, de aquel viaje al centro del laberinto que contempla el sacrificio de nuestra existencia: nuestra muerte.

El Bolívar histórico reconoce claramente el sentido metafórico del río:

¿Cuánto tiempo [le dice Bolívar a Joaquín Posada Gutiérrez] tardará esta agua [de este riachuelo] en confundirse con la del inmenso océano como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y se sutaliza, como la gloria humana, como la fama, ¿no es verdad, coronel? 26.

El año es 1830; el lugar, el retiro de Fucha (cerca de Bogotá). Las palabras se pronuncian en marzo, después de la renuncia final de Bolívar (el 20 de enero) pero antes del comienzo (el 8 de mayo) del viaje que lo llevará a la muerte. Las palabras de Bolívar se inspiran en una tradición bien establecida y conocida en la literatura occidental del río como metáfora del tiempo, de la vida y del camino hacia la muerte. Ya en la Biblia, en el *Eclesiástico* (6:7), se había dicho que todos los ríos desembocan en el mar, y que éste nunca se llena. Heráclito había utilizado el río como metáfora del tiempo, de una realidad que siempre fluye, que nunca se repite pero que sigue siempre presente. Y Jorge Manrique en Coplas por la muerte de su padre había escrito: “nuestras vidas

son los ríos / que van a dar en la mar, / que es el morir”. Todos estos significados del río se encuentran en el Magdalena de *El general en su laberinto*.

Pero hay otros, y éstos igualmente importantes. El río Magdalena es metáfora (y realidad) unificadora en las dos últimas novelas de García Márquez (y en la geografía de Colombia). Une la costa con el interior, el mundo del Caribe con el de los “cachacos”. Une el ascenso de Bolívar (pues llega a la gloria — así lo dijo él mismo — en su campaña para liberar el Magdalena en 1812 y 1813) con su descenso. Es por el mismo río, en dirección opuesta, por donde inicia su peregrinación al reino de la muerte²⁷. El Magdalena es, también, imagen del tiempo que pasa y que nunca se repite; imagen, desde luego, de la historia, de la vida que puede vivirse una sola vez.

El Magdalena desemboca, como casi todos los ríos al fin, en el mar, pero Bolívar termina su recorrido fluvial en un laberinto de espera. No alcanza a llegar a la meta anticipada por el congreso en Bogotá: una isla caribeña o un país europeo, sitios, ambos, del destierro permanente. El momento de desembarque inicia, podríamos decir, apelando al título de un libro de Rodríguez Monegal sobre



Neruda, un viaje inmóvil. Éste no conduce a ninguna parte. Consiste en dar vueltas en espera de algo que no sucede. Es un viaje sin salida. De Cartagena a Turbaco, al ingenio de San Pedro Alejandrino, en las afueras de Santa Marta, Bolívar recorre su laberinto final. No es Teseo; carece de su hilo salvador; no puede ayudarle otra Ariadna. Sumamente fatalista —y clásica— es la visión de García Márquez. Bolívar podría haber sido una figura sacada de una tragedia de Sófocles. ¿No será esta la razón por la cual García Márquez elige como epígrafe de su novela unos sentimientos dignos de Edipo? "Parece [dice el epígrafe, que se forma de una carta de Bolívar dirigida a Santander, el 4 de agosto de 1823] que el demonio dirige las cosas de mi vida".

Tal sentido de fatalidad, en íntima relación con el otro lado de la existencia, es decir, con el mundo de los demonios, de la muerte y de los sueños, vincula a este Bolívar de García Márquez con los otros Bolívares recientes de Colombia. Lo vincula, también, con el tema del laberinto. Parece imposible escribir sobre Bolívar hoy día sin escribir sobre el otro lado de la existencia. Álvaro Mutis se muestra consciente de esta temática al narrar, en la última escena de su cuento, un sueño de Bolívar en el cual se encuentra en un laberinto (!) que anuncia —por medio de una mujer y de un mendigo ciego— la inminencia de la muerte. Fernando Cruz Kronfly reconoce profundamente el otro lado de la existencia. Toda su novela surrealista se centra en estas ideas. Hasta Germán Arciniegas se ve obligado a reconocer el otro lado de las cosas: hacia el final de su estudio abandona sus perspectivas de crítico e historiador para zambullirse en la mente y en los sueños de un Bolívar delirante. No olvidemos que fue el mismo Bolívar el que soñó —y reconoció como importante y clave en su vida— "el delirio en el Chimborazo". Otro de los demonios dirigentes en su vida.

Todo este mundo del otro lado de las cosas es un laberinto. Pero es no menos un laberinto de las cosas de

todos los días, de la vida en sí y, al fin, de la muerte. No hay nada más natural que la muerte, y nada más natural que, en su portal, busquemos desesperadamente la salida. Pero una vez que nos deposite el río de nuestra vida dentro del acto de morir, dentro del laberinto final, no encontraremos la salida. No la encontró ni el Bolívar de la historia, ni el de la ficción. Inclusive podría decirse que no buscó la salida; "bajó contento al sepulcro", como indica en uno de sus pronunciamientos finales. Tal conformidad con los límites necesarios del tiempo y del espacio es, me parece, lo que distingue a Bolívar —tanto en la historia como en la interpretación de García Márquez— del "patriarca", del dictador, o del tirano. Aquella humildad lo baja de las estatuas, quizá, pero al mismo tiempo lo eleva a un nivel sumamente, y profundamente, humano *.

MICHAEL PALENCIA-ROTH



¹ Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1989, pág. 272. En adelante indicamos dentro del texto, entre paréntesis, la página respectiva.

- ² Véase, por ejemplo, la impaciente y enojada reseña de Javier Goñi, en *América* 92, 1, núm. 1, mayo de 1989, pág. 46.
- ³ *El País*, Madrid, 3 de abril de 1989, suplemento Cultura, pág. 1.
- ⁴ *El Tiempo*, Bogotá, 26 de febrero de 1989, pág. 8A.
- ⁵ *El Tiempo*, Bogotá, 9 de abril de 1989, *Lecturas Dominicales*, pág. 4.
- ⁶ *Siempre*, México, 10 de mayo de 1989, pág. 9.
- ⁷ *Siempre*, México, 7 de junio de 1989, pág. 51.
- ⁸ *Imagen*, julio de 1989, pág. 94.
- ⁹ Fue dicho decreto la causa, según los historiadores, del atentado del 25 de septiembre de 1828 (del cual falsamente se acusó a Santander, también según los historiadores, de haber sido uno de los cabecillas). Véanse dos recientes estudios: *Proceso seguido al general Santander por consecuencia del acontecimiento de la noche del 25 de septiembre de 1828 en Bogotá*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1988; Pilar Moreno de Angel, *Santander: biografía*, Bogotá, Planeta Colombiana, 1989, en especial el capítulo XXX, págs. 452-470.
- ¹⁰ *Bolívar día a día*, edición dirigida por Fabio Puyo Vasco y Eugenio Gutiérrez Cely, Bogotá, Procultura, 1983, vol. 3, pág. 460.
- ¹¹ Lovera De-Sola, *El gran majadero*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1984, pág. 57.
- ¹² Aunque no tan inútiles, añadiríamos, ya que consiguen la emancipación de la Gran Colombia.
- ¹³ García Márquez, *El otoño del patriarca*, Barcelona, Plaza y Janés, 1975, pág. 44.
- ¹⁴ Aunque podríanse establecer raíces genealógicas más antiguas, digamos que, en el siglo XX, la época de dicha representación se establece con *El señor presidente* (1946) de Miguel Angel Asturias y que culmina, entre otras novelas, con las de Alejo Carpentier (*El recurso del método*, 1973), de Augusto Roa Bastos (*Yo el Supremo*, 1973), de Demetrio Aguilera Malta (*El secuestro del general*, 1973), de Pedro Jorge Vera (*El pueblo soy yo*, 1976) y, obviamente, de Gabriel García Márquez (*El otoño del patriarca*, 1975).

- ¹⁵ Germán Arciniegas, *Bolívar, de San Jacinto a Santa María*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1988, págs. 181 y sig.
- ¹⁶ Fabio Puyo Vasco, *Muy cerca de Bolívar*, Bogotá, La Oveja Negra, 1988, pág. 7.
- ¹⁷ Fernando Cruz Kronfly, *La ceniza del Libertador*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1987, pág. 329.
- ¹⁸ Véanse, por ejemplo, *Enfermedad y muerte del Libertador*, Caracas, Oficina Central de Información, 1976, y Oscar Beaujon, *El libertador enfermo*, 2a. ed., Caracas, Vargas, 1968.
- ¹⁹ *Semana*, núm. 358, 20 de marzo de 1989, págs. 32-33.
- ²⁰ Véase *Semana*, pág. 28.
- ²¹ *Semana*, pág. 28.
- ²² *Gabriel García Márquez: la línea, el círculo y las metamorfosis del mito*, Madrid, Editorial Gredos, 1983, págs., 265 y sig.
- ²³ *Semana*, pág. 28.
- ²⁴ García Márquez, *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967, pág. 285.
- ²⁵ La presencia de algunos de estos adverbios lo nota Juan Cruz en su breve reseña de la novela en *El País*, Madrid, 3 de abril de 1989, suplemento Cultura, pág. 2.
- ²⁶ Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, Medellín, Editorial Bedout, 1971, vol. 1, pág. 370.
- ²⁷ El Magdalena tiene también un significado personal para García Márquez, ya que ha viajado río arriba y abajo repetidas veces y lo conoce pueblo por pueblo. El Magdalena es, según opina López Michelsen en su carta abierta a García Márquez, "su gran amor" (*El Tiempo*, Bogotá, 26 de febrero de 1989, pág. 8A).
- Agradezco las sugerencias estilísticas de mis amigos y colegas Antonio Carreño y Nelly González.



El peso de la soledad

Giorgio

Jorge Holguín

Arte y Artesanías de Colombia Ltda. 1a. ed. Rhodos, Bogotá.

Giorgio vive solo, absolutamente solo. Y lo peor es que a Giorgio le pesa mucho esa soledad, tanto que compró un teléfono esperando que alguien lo llamara y como nadie lo hizo, decidió llamarse a sí mismo, pero la línea estaba ocupada.

Esa irónica desolación acompaña la vida de Giorgio, personaje creado por Jorge Holguín y presentado a manera de "tira cómica". Dibujo en recuadros, una línea excesivamente simple y una información dada a través de un texto corto, sencillo, que nos cuenta cómo es la vida cotidiana de Giorgio y su absurda relación con el mundo.

El lector no sabe dónde vive Giorgio, y la verdad es que no importa dónde, podría ser en cualquier lugar, pues Giorgio no se relaciona con el "afuera" en la medida en que ese

entorno tenga una existencia propia a la cual Giorgio confluya. No. Giorgio está metido en sí mismo. Él es el único protagonista pero no de sucesos extraordinarios o heroicos, tampoco de situaciones comunes, sino que protagoniza abiertamente su imposibilidad de relacionarse con el mundo. Esta negación es la que hace que Giorgio haga de su domesticidad una filosofía. Giorgio se hace una fiesta de cumpleaños para él solo, se detiene a pensar en el material de la correa del reloj, en los zapatos que va a usar, en la manera de lavar las medias. No se debate precisamente entre un ser o no ser, sino en qué hacer con las tostadas que ya no lanza al espacio la tostadora, o cómo pescar una cereza a tiempo de un vaso de "mai-tai". Esa es su realidad más profunda. Pero donde surge el absurdo y parte del humor es en el hecho de que Giorgio sea aún más elemental que la realidad que vive. Es incapaz de resolver los pequeños, los minuciosos problemas que le plantea el diario vivir. Los objetos lo sorprenden, le proponen opciones que por su obviedad lo desconciertan dejándolo estático, sin saber qué hacer.

Al padecer la vida, al ser víctima de lo circunstancial, Giorgio no solamente es un anti-héroe, sino que traspasa los límites de las consideraciones realistas, convirtiéndolo en un ser tan incapaz y tan torpe ante lo simple que se vuelve cómico. Es la comicidad del absurdo, pero también la de la ingenuidad. Detrás de ese hombre calvo, encerrado en su propia soledad, obsesionado por tener pelo en la cabeza o por nutrirse bien así no le guste el brócoli, hay un niño, en su infancia más tierna, a quien literalmente el mundo "le queda grande". Su capacidad de asombro es tan inmensa que se le trastocan las coordenadas que la realidad —la más práctica y funcional— le propone. Así, a Giorgio se le escurre la música del tocadiscos, o lava las medias en la licuadora teniendo que comprar un par cada semana, o lo que es más grave, no puede bajarse del bus porque un hombre gordo le pisó el cordón del zapato que se le desamarró.